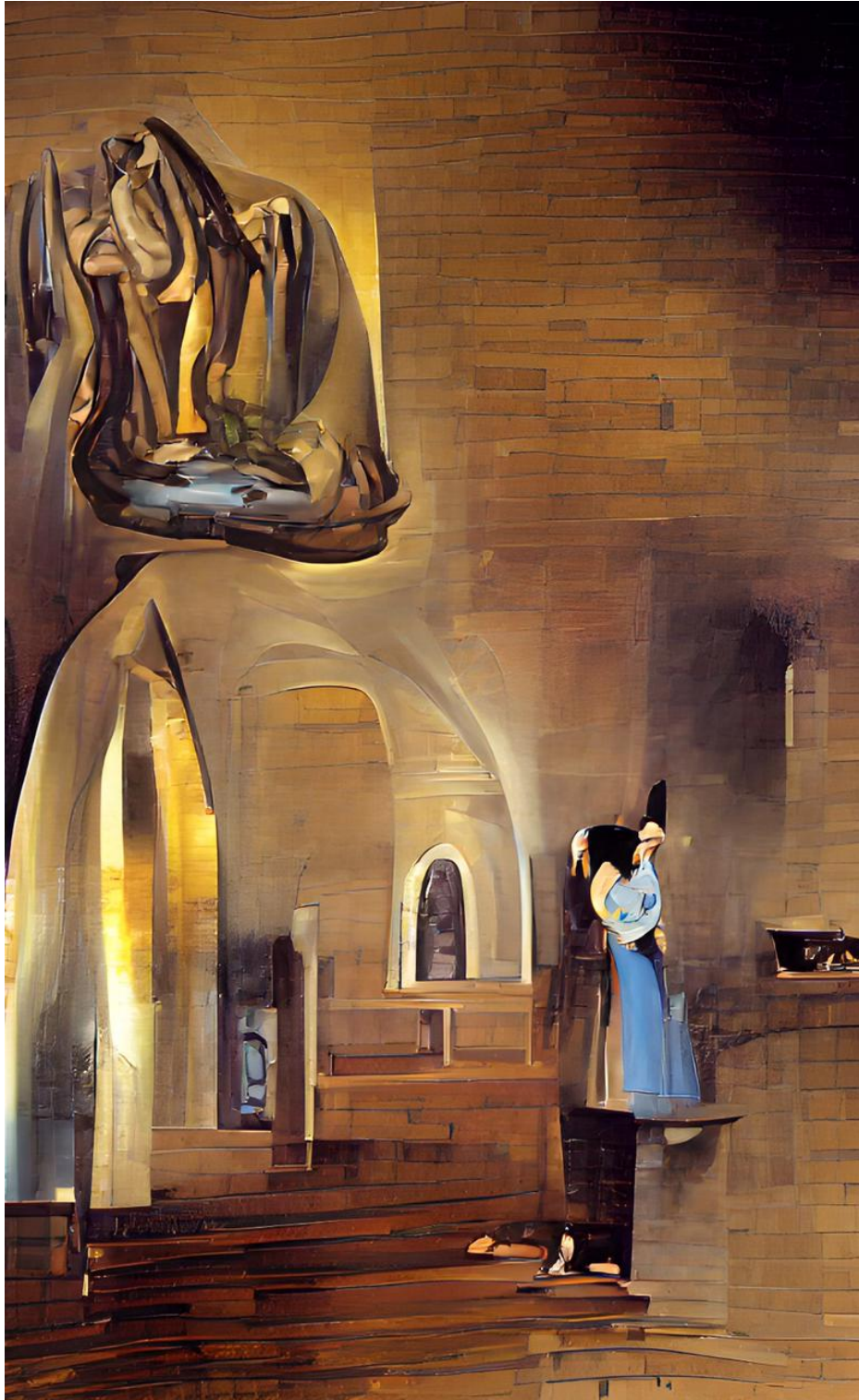


Cruz

Alan DiVoga



Capítulo 1

CRUZ

¿Alguna vez haz escuchado? La plegarias se dirigen hacia ti y magníficamente las has ignorado. En mi soledad he decidido venir a desahogar las penas que por tu culpa yo he tenido que pasar, y a mí pesar me he sentido mejor. Ahora entiendo lo desatendida que he sido al crearme capáz de desmentirte, de fingir que no te escucho cuando una sola voz penetra mi cabeza. ¿Me haz hablado al oído cuando en mi cama lloraba? No me reconoces ahora, pues te explico, que soy la niña que a la orilla de la cama se inclinaba y oraba, aferrada a la falda de sábana, inocente como solo se puede ser a la joven edad de seis años.

Te mueves incesante en mi cabeza, y me digo ciegamente que son los vestigios de una infancia atizbada de malas enseñanzas, de afirmaciones absurdas que pasados los años uno busca desbaratar. ¿Por qué yo no lo he conseguido? ¿Por qué he tenido que venir aquí? Si buscabas algo de mí en principio pudiste haberte presentado como cualquier otro amigo, pudiste haber hecho las cosas más fáciles, y lo puedes seguir haciendo. Pero te gusta el misterio, te gusta que te vean intrigado, colgado sobre todos, desarmado, nosotros desarmados y con sintimiento de culpa ¿Por qué la he de sentir si fueron otros los que han pecado? Pero aún con esa declaración, soy incapaz de dejar de sentir el frío en mi interior.

La primera fila nunca ha sido para mí, pero en mi valentía este día me he sentado aquí. Porque venía a maldecir las cosas que haz tocado y tras hacerlo,irme sin mirar atrás, sin pensar en lo que he dejado. No te preocupes más por mí, por la pequeña niña que lloraba por ti, que se asustaba con tu sangre, que sentía perfectamente tu dolor, porque ahora la niña no se preocupa más por ti. Haz complicado mi vida, la haz llenado de injusticias y a mi pesar, aún soy capáz de culparte. Una sola lágrima baja por mi rostro, caliente, calienta. La dejo caer desamparada.

¿Qué hago ahora aquí, ahora que me he dado cuenta que no me hace esto feliz? Si hubiera sabido superar, dejar atrás, no tendría porque venir a sentarme a la primera fila de tu casa, a hablarte como si aún creyera que existes, a negarte en mi cabeza mientras recorró la mirada por cada una de tus yagas ¡Cuánto dolor haz de sufrir! No más del que yo he tenido que vivir, aquel que me haz puesto tu porque soy capáz de soportarlo, o eso dirán aquellos que por ti se hacen pasar.

Y ellos manchan. Han olvidado tu mensaje, han olvidado la rebelión y luz que viniste a traer, y lo han convertido en una mera mancha, un mero negocio del cuál ahora todos se ríen. Me reiría yo misma si no tuviera

tanto miedo, vivo en el pánico a algo que muy profundamente se que pasará, y superficialmente me niego a aceptar. Vivo mi infierno anticipado, aquel que yo sola me he buscado y ganado. ¿He perdido el rumbo que en principio me trajo a este lugar? Si he ganado el infierno es a propia voluntad, créelo, así como por mucho tiempo yo creí en ti. El deshago no sirve cuando llevas tanto tiempo sumida en la miseria, cuando ahora vivir sin respirar te ha gustado.

Y así seguirá siendo...

¿Por qué no haz de hablar más claro? ¿Por qué son los demás los que tienen que buscarte? Llenas de dolor el corazón del hombre con tus imágenes de sufrimiento, y luego esperas compasión, como si fueras un pequeño perro callejero, como si no fueras un Dios. ¿Se supone debemos sentir lástima por ti? ¿O quieres que te adoremos, quieres que ante ti nosotros nos arrodillemos? Escuchas los pecados y perdonas, y en realidad he venido aquí a decirte que ahora los celebro. Me he quedado por fin sola. Las lágrimas que surcan mi rostro no son para ti, y no quiero ni por un momento que lo pienses. Pero con tanta seguridad ya hablo que parecería que nada de lo que te he dicho servirá, ya de nada sirve para mí ocultar las cosas que se ven cada vez más obvias. La impotencia ha dominado cada pensamiento que antes podrían haber tachado de incorrecto, me gusta así hacerlo, me hace feliz, ocupa el lugar que antes tenías tú, que he dejado vacío a la espera de algo que con su peso pueda descolgar todo el sufrimiento. Pero ese algo no existe.

Acéptalo...

Vivimos ahora en la miseria ideológica, en la superstición de la negación, en la afirmación de la libre decisión como herramienta para la destrucción de todo aquello que años antes nos ha servido para generar una sociedad de amor. Y tú nos habías enseñado el camino, habías puesto las bases y te fuiste, dejando hombres corruptos al mando de tan hermoso mensaje. ¿Eres capaz de ser tan misericordioso con tanto odio a tu espalda, con tanta gente maldiciendote en voz baja?

¡Me alegro por aquellos que han podido librarse de ti! Porque yo ahora en mi mente no soy capaz de distinguir la cordura de la criticable locura, y me duele sentirme así. A momentos creo que se disipa, que distinguo quien me habla en realidad, pero es imprescindible recordar que tantos olores, el incencio y el perfume dulce que usaba aquel hombre al celebrar, y tantos sabores, el del pan y el vino que declaras ser tu carne y tu sangre, llevan siempre a ti, regresan a mi cabeza a aquella niña que creció atormentada por la idea de un hombre sin perdón, de que todo aquello que moviera la condenaba, enjaulada, ya no crecía aquella niña. Y se opaca la infancia que nunca quiere ser recordada. Siempre ha de volver casi orgullosa de todo aquello que ha dejado como marca en mí, incapáz

de perdonar, incapáz ahora también de maldecir.

Ven...

Veo tu cuerpo moviendose a poca intensidad. Has empezado despegarte, quizá yo a delirar. Pero tu sangre corre, de verdad corre, y ahora no son invenciones. Los clavos a tus manos caen al suelo, el sonido del metal llena todo aquello que antes ocupaba el silencio. Terrorífica podría decirse de la imagen que presencio, si no fuera porque aquel dolor de alguna manera da sentido a todo lo que vive dentro de mí. Ha sido todo majestual, te presentas ante mi como nunca lo haz hecho ante nadie más. ¿Por qué precisamente a mí, que he venido a maldecirte, a decirte todo el mal que hiciste? Ahora entiendo lo que buscas, no es un perdón, no es la redención. No haz limpiado con tu sangre sino manchado con tu mensaje, un malentendido que jamás se ha escuchado. Y ahora te presentas horriblemente comprensible, ya no entiendo como he podido creer tanto tiempo en esto. El metal de tus pies ha caido y tu sigues con tu hazaña, por segunda vez te levantas con sangre en el cuerpo, con tus eternos dolores que al parecer no han sido suficientes. O quizá los suficientes para compartirlos con los demás, para querer enseñar lecciones que aquellos tus contemporáneos no han aprendido. ¿Me usas por que me quieres? Te acercas y me das la mano, siento el calor de tu dolor, el verdadero calor, haz caminado desde tu cruz hasta acá, conmigo en la primera fila de tu casa. Huría si tuviera el suficiente valor, pero todo aquello que ha pasado, encerrados en solitario ha sido la máxima muestra de aprecio, la que al final será definitiva.

¿Cuántas oraciones haz escuchado? ¿A cuántas le has hecho caso? El número tú me lo presentas y ahora entiendo, que tanto dolor no se da por tus medios sino por la desinformación de todos los ingenuos que no te han visto levantarte, desclavarte y venir hacia nosotros, sangrante y doliente.

¿Si creo, curarás el dolor, libraras todo el mal en mi interior? Creo.

“Cruz”

Terminada el 19 de febrero de 2017.

Alan DiVoga.